

The Standard Bearer

El Portaestandarte

Octubre, 2023 • Volumen 100 • No. 1 y 2

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación quincenal, excepto durante junio, julio y agosto que es mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimprimos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos. Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación. Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwright@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Contenido

Meditaciones

- 2 **Recuerdo compasivo (Salmos 103:14)**
Herman Hoeksema
- 5 **Soldados exhortados a orar (Efesios 6:18)**
Rev. Michael DeVries



REFORMED
FREE PUBLISHING
ASSOCIATION



Meditación

Herman Hoeksema (1886-1965) fue el primer editor del Standard Bearer (SB). Esta meditación fue publicada en el primer año de la SB, vol. 1, núm. 8 (Mayo 1925).

Recuerdo compasivo

Porque él conoce nuestra condición; Se acuerda de que somos polvo.
Salmo 103:14

¡Qué ferviente amor y tierna compasión brillan en esta expresión poética de la actitud del Padre hacia sus hijos en el mundo!

“Como el padre se compadece de los hijos, Se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; Se acuerda de que somos polvo.”

El Señor nunca olvida la debilidad y la fragilidad de nuestro cuerpo. Y consciente de nuestra fragilidad, Él es siempre compasivo y nos trata con delicada ternura, siempre cuidadoso de no sobrecargarnos, siempre lleno de tierna misericordia y compadeciéndose con nosotros mientras llevamos nuestras cargas.

El hombre, en un olvido despiadado, se olvida a veces del cuerpo del animal mudo al que emplea para llevar su carga o para arrastrarla. Amontona una carga demasiado pesada en comparación con la fuerza de su bestia y la conduce a latigazos, acompañado de airados juramentos por caminos ásperos y casi intransitables hasta el lugar de destino.

O los crueles faraones, olvidadizos y sin compasión con el débil cuerpo de sus esclavos, les exigen una tarea casi imposible de realizar.

O el hombre mismo, inconsciente de la debilidad y fragilidad de su propio cuerpo, olvidando que no es más que polvo y delicado como la flor del campo, se afana y trabaja incesantemente, hasta que sucumbe, cansado y exhausto, convertido en un desastre, física y mentalmente.

No es así el Señor con respecto a los que le temen....

Él no es duro ni cruel, sino tierno y misericordioso con ellos. Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen. Porque él es su Padre y ellos son sus hijos. Con un amor profundo, constante y eterno como su propio corazón, él los amó, los adoptó, los redimió, los transformó. Y con una compasión tan profunda, ferviente y constante como su amor, él recuerda sus flaquezas, es consciente de sus debilidades, se compadece de sus penas y aflicciones, y con un corazón tierno considera sus sufrimientos y aflicciones, anhelando su liberación final y apresurándose a su redención. Tampoco él se olvida de la fragilidad de sus cuerpos. Él recuerda que ellos son polvo. Porque él mismo los hizo. Del polvo los formó. Y polvo son, él lo sabe. Y en todos sus tratos con ellos, en cada camino en que él los conduce, con miras a todas las tareas que les exige y con respecto a todas las cargas que les hace llevar, él recuerda constantemente que son hijos-polvo, tiernos y delicados, de fuerza limitada, fácilmente sobrecargados, necesitados y débiles y pronto vencidos, como la tierna hierba y la flor del campo....

Los hizo hijos del polvo y nunca los olvida. Y amándolos, se llena de compasión y tierna misericordia por sus hijos del polvo. Y en esta ternura consciente, Él los trata con delicadeza, gentileza, sin nunca sobrecargar sus cuerpos.

¡Qué ferviente compasión!

¡Bendice, alma mía, al Señor!

¡Padre recuerda en misericordia que somos polvo!

¡Qué bendito conocimiento!

La experiencia parecería a menudo tan diferente y contraria a esta bendita seguridad de nuestro Padre celestial. Nuestro débil cuerpo originado en el polvo parece a menudo

cruelmente sobrecargado con cargas de dolor y aflicción; y no pocas veces parece quebrarse accidentalmente, aplastado por un peso que no estaba calculado para soportar. Y parecería como si el Señor se olvidara de qué material de polvo nos formó o de ser misericordioso con sus hijos.

¿Nunca te pareció así? Cuando la fiebre ardiente consumió la vida de tu amada, tierna y frágil, y destrozó su delicado cuerpo, como el sopro abrasador de un viento cálido hace que la suave flor se marchite y muera; o cuando una madre muy querida, cuyo amor y cuidado parecía indispensable, fue arrebatada repentinamente de en medio de su familia que no podía prescindir de ella, por la mano cruel de aquel que monta el caballo pálido; o cuando el dolor y el sufrimiento constante son tu suerte, llevándote continuamente al borde de la tumba, pero sin guiarte nunca misericordiosamente hacia ella, de modo que se convierta en tu súplica diaria: “¿Hasta cuándo, Señor?”—¿Nunca te ha parecido como si el Señor se hubiera olvidado que nos había hecho del polvo o que sin piedad nos hubiera cargado con cargas que nunca fuimos formados para llevar? ¿No era él ajeno al delicado cuerpo de tu bebé? ¿No olvidó él la misericordia cuando la madre tuvo que sucumbir? ¿No se olvida él de tu continua carga de sufrimiento y aflicción? —

O, aun mas, ¡cuántas veces los enemigos de sus hijos no triunfan sobre ellos! ¡Cuán terriblemente oscura es la noche de su sufrimiento, cuando son asesinados todo el día y llevados como ovejas al matadero! ¿Cómo son perseguidos sobre la tierra, llenos de oprobio, arrojados a hoyos y mazmorras, golpeados con muchos azotes, quemados en la hoguera o aserrados, cruelmente torturados hasta la muerte? Se les hace pasar muchas veces por el fuego y por el agua. Y de sus almas, oprimidas por el dolor y envueltas en tinieblas, surge a menudo el canto de lastima:

Pregunté con temor y amargura: ¿Me desampará Dios en la angustia? ¿Encontraré infiel su promesa? ¿Se ha olvidado Dios de ser bondadoso? ¿Se ha enojado irremediablemente y ha quitado de mí su amor y su gracia?

[Salterio #210, estrofa 4]

Sin embargo, como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen. Y él conoce nuestro cuerpo y recuerda que somos polvo.

Él nunca lo olvida.

Nunca una carga de enfermedad y dolor rompe el cuerpo de polvo de sus hijos porque él se olvidó de su fragilidad y la sobrecargó. Nunca se rompe accidentalmente. Cuando se rompe, es sólo porque él vino a romperlo. Y cuando él viene a romper ese cuerpo de polvo, lo hace en su misericordia y compasión, porque él sabía que así era lo mejor.

Nunca una carga de tristeza y dolor, de aflicción y angustia, de tribulación y persecución él hace que sus hijos soporten, sino que él recuerda misericordiosamente que la estructura del cuerpo es polvo. Y cuando la carga se vuelve demasiado pesada para que la lleven los simples hijos del polvo, sin embargo, debe ser llevada, él añade gracia al polvo y misericordiosamente perfecciona su fuerza en la debilidad. Y, ¡oh, qué maravillas se logran cuando la fuerza de su maravillosa gracia se hace para sostener la fragilidad del polvo humano! Entonces los hijos del Señor, formados por el polvo, pasan por el fuego y éste no los quema; luego las inundaciones los sumergen, pero ellos no se ahogan; entonces la noche de la tribulación puede ser espantosamente oscura, y sin embargo ellos se regocijan; entonces el sufrimiento día tras día puede ser su suerte y puede destrozar su cuerpo mortal, sin embargo, ellos cantan:

Aunque soy débil, Dios es altísimo y en su bondad confío;
De todas sus maravillas contaré, Y en sus obras
habitarán mis pensamientos.

[Salterio #210, estrofa 5]

Porque él recuerda de que somos polvo. Y en amor eterno y piedad paternal, él sostiene nuestro cuerpo mediante el maravilloso poder de su gracia todo suficiente.

Bendita seguridad y consuelo omnicomprendido, saber que por amor de Cristo nuestro salvador, este Dios, es nuestro Dios y Padre misericordioso. Siempre recordando, siempre compasivo, siempre tratando con ternura, dirigiendo con gentileza, sosteniendo poderosamente; nuestro Dios en la prosperidad y en la adversidad, nuestro Dios en la salud y en la enfermedad, nuestro Dios en la vida y en la muerte, nuestro Dios por los siglos de los siglos....

¡Bendice alma mía, al Señor!

Tampoco esto es todo.

Él recuerda con misericordia y se compadece de sus hijos no sólo *mientras* son polvo, sino también *porque* lo son. El hecho mismo de que sean polvo es el objeto de su compasión.

Del polvo los formó. Él nunca lo olvida.

Del polvo llamó al primer hombre, Adán, y lo hizo un alma viviente. Y porque él fue formado del polvo, ellos están limitados por el polvo, se inclinan hacia la tierra terrenal. Y todos los hijos de Dios en la tierra llevan la imagen de lo terrenal. Tienen ojos de polvo y sólo ven cosas terrenales; tienen oídos terrenales y sólo oyen sonidos terrenales; tienen una lengua terrenal y sólo hablan lenguaje terrenal; poseen un cuerpo terrenal y viven en dependencia terrenal, una vida terrenal. Formados del polvo, están limitados por el polvo, se inclinan hacia el polvo y al polvo regresan. Los hijos del polvo de Dios llevan la imagen de lo terrenal....

Sin embargo, en eterna misericordia él predestinó a ellos para la gloria celestial. Él ordenó que fueran conformados a la imagen de su Hijo. En su amor insondable, quiso que fueran hijos del polvo y llevaran la imagen de lo terrenal sólo por un tiempo, para que luego llevaran la imagen de lo celestial, poseyeran un cuerpo celestial, vieran bellezas celestiales, fuesen cautivados por la música celestial, hablaran un lenguaje celestial y se vistieran con la gloria celestial.

Tal es el propósito del amor con que él los amó.

Y mientras ellos todavía moran en el polvo y todavía llevan la imagen de lo terrenal, Él comenzó a realizar en ellos el propósito de ese amor eterno al infundir en sus corazones la primera gota de esa vida de hijos celestiales a través del espíritu y la gracia del Señor resucitado, el Señor del cielo, el segundo Adán, el espíritu vivificante. En principio, se han convertido en hijos del cielo y ellos son vivificados para una nueva esperanza. Sin embargo, todavía siguen viviendo en el polvo. Las cosas celestiales que anhelan ver aún no las ven; las cosas celestiales que les gusta oír, sólo las oyen con esperanza; la lengua celestial con la que anhelan hablar, todavía no la conocen; la gloria celestial con la que esperan ser revestidos está todavía oculta en un manto de polvo....

Hijos del cielo, todavía habitan en el polvo [de modo que] la plena manifestación de esa vida celestial está oculta en ellos y la plena expresión de esa vida se ve obstaculizada por su cuerpo hecho de polvo...

Pero el Señor conoce su condición. Recuerda que todavía son polvo. Tampoco olvida su propósito. Porque la misericordia del Señor es desde la eternidad hasta la eternidad sobre los que le temen.

En esa misericordia eterna, él se compadece de sus hijos mientras habitan en el polvo.

Y esa misericordia insondable no puede descansar hasta que él haya liberado a sus hijos de su polvo, débil, mortal, terrenal y corruptible, y los haya hecho partícipes de la imagen de lo celestial, en cuerpo celestial, en poder y honor, inmortal, incorruptible, glorioso.

Entonces ya no verán más como en un espejo oscuro, sino cara a cara. Entonces conocerán como son conocidos y no más en parte. Entonces caminarán con él y hablarán con él, se regocijarán con él y reinarán con él, y en su templo eterno verán las bellezas del Señor, en perfecta comunión del pacto.